

S. Ignacio de Loyola y la Compañía de Jesús

Ha dicho Menéndez y Pelayo (*Historia de los Heterodoxos*, v. 5) que «si media Europa no es protestante, débelo en gran manera a la Compañía de Jesús».

Y, ¿qué es la Compañía de Jesús?

Es una obra más hispana que el Concilio de Trento y que encarna, aún más que aquél, la fuerza espiritual de la Contrarreforma. Los jesuitas fueron la integración de la obra histórica de España; pues nuestra Patria que había empezado la lucha contra la Reforma protestante con las armas, creó también la Contrarreforma en el espíritu al ser la impulsora del Concilio de Trento pero, principalmente, por la fundación de la Compañía de Jesús.

Para comprender bien la naturaleza y significado, en el orden histórico, de la Institución de los jesuitas, hemos de empezar por analizar la figura de su fundador: S. Ignacio de Loyola.

Nació el Santo en Azpeitia (Guipúzcoa), en el año 1491, de noble familia, fué educado en Arévalo, en la casa del caballero Juan Velázquez de Cuéllar, contador de los Reyes Católicos. Por lo tanto, es un vasco educado en Castilla. Estas dos tendencias, la de la naturaleza y la de la educación, son las que forman su carácter, que tiene de una parte la tenacidad vascongada y de otro todo el espíritu aventurero y emprendedor de la imperial Castilla.

Su retrato físico nos lo da el P. Ribadeneira, contemporáneo de Ignacio, en su «Vida del padre Ignacio de Loyola», cuando dice: «de estatura mediana o, por mejor decir, algo pequeño y bajo de cuerpo, habiendo sido sus hermanos altos y muy bien dispuestos; tenía el rostro autorizado, la frente ancha y desarrugada, los ojos hundidos, encogidos los párpados y arrugadas por las muchas lágrimas que continuamente derramaba; las orejas medianas, la nariz alta y combada, de color vivo y templado y con la calva de muy venerable aspecto. El semblante del rostro era alegremente grave y gravemente alegre».

Recorriendo la vida de S. Ignacio de Loyola es ineludible el recuerdo de Don Quijote. Miguel de Unamuno en la obra «Vida de Don Quijote y Sancho», hace un paralelismo entre la vida del caballero y la del Santo, y al señalar el carácter de aquél, dice: «de este mismo temperamento era también aquel caballero de Cristo, Iñigo de Loyola, de quien tendremos mucho que decir aquí, y de quien el P. Pedro de Ribadeneira, en la vida que de él compuso, y en el cap. V del libro V de ella, nos dice que era muy cáldo de complexión y muy colérico, aunque venció luego la cólera, quedándose «con el vigor y brío que ello suele dar, y que era menester para la ejecución de las cosas que trataba.» Y es natural que Loyola fuese del mismo temperamento que Don Quijote, porque había de ser capitán de una milicia, y su arte, arte militar.»

En los dos retratos que de él se conservan—el de adolescente en traje de paje y el de Morales—se representa con la misma ropa negra, la misma mirada oscura y reconcentrada que exterioriza toda una voluntad inquebrantable, imperativa, decidida a la acción. Dice uno de sus más recientes glosadores (1) que Ignacio—hombre de Dios y de España—acomete la empresa de la Contrarreforma con esta implacable seguridad que los hombres de España ponen en las cosas de Dios.

Efectivamente, bien podemos decir que ningún otro santo español, resume tan perfectamente como él, todos los estímulos, impulsos y pasiones que definen el carácter nacional. El valor y la fe, el sentido de la aventura y la vocación caba-

VERSOS CLASICOS

A LA BEATIFICACIÓN DE SAN IGNACIO

Glosa

EN tenebrosa noche en mar airado
Al través diera un marinero ciego
De dulce voz y de homicida ruego,
De sirena mortal lisonjeado,

Si el fervoroso celador cuidado
Del grande Ignacio no ofreciera luego,
Farol divino, su encendido fuego
A los cristales de un estanque helado.

Trueca las velas el bajel perdido,
Y escollos juzga que en el mar se lavan,
Las voces que en la arena oye lascivas;

Besa el puerto altamente conducido
De las que para norte suyo estaban
Ardiendo en aguas muertas llamas vivas.

LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE
(1561-1627)

lleresca, la personalidad libre e independiente para crear y la voluntad decidida para mover el mundo con la ayuda de Dios, que caracterizan a los españoles del siglo XVI, los encierra perfeccionados la figura señera de Ignacio. Por algo es un santo injerto en militar, que elevando la disciplina castrense a una categoría religiosa, crea una gran milicia para la defensa de la fe, a la que, militarmente, llama Compañía, sintiéndose él, como jefe de ella, simplemente capitán.

Esta Compañía, es una demostración magnífica de la admirable fecundidad de la Iglesia Católica, que acude a todas las necesidades que se van presentando con remedios eficaces y certeros. El protestantismo combatía los dogmas católicos con un lujo doctrinal y un brillante aparato filosófico que servían de eficaces espejuelos para los incautos y poco precavidos intelectuales—permítasenos la expresión—del s. XVI y XVII. ¿Como podía la Iglesia católica enfrentarse con semejante situación? ¿Era suficiente la lógica de las espadas españolas? ¡No! Había de fabricar nuevas armas adecuadas a semejante lucha. La causa de la verdad no podía pelear con desventaja en el nuevo terreno; y para ello, surgió la Compañía de Jesús que ocupó tan dignamente su puesto, obró con tanto acierto, sobresaliendo con tanta altura en el campo científico e intelectual, que incluso sus mismos enemigos no han tenido más remedio que reconocer sus grandes méritos.

Por la prepotencia y gran eficacia de este Instituto contra el error, es por lo que ha sido atacado y combatido con saña y furor sin igual, por los enemigos de la Iglesia católica.

La Compañía de Jesús es para los españoles auténticos, el motivo de nuestro máximo orgullo, ya que podemos presentar al mundo, no solo jirones de historia gloriosa, sino algo presente que es fiel testimonio de nuestra espiritualidad y de nuestro genio; ya que la Compañía de Jesús, no solamente es una obra española por derecho de fundador, sino que españoles fueron la mayoría de sus primeros Padres y español fué y es el espíritu que la engendró y que la vivifica.

C. C. M.

(1) Ignacio Anzoategui «Genio y Figura de España» Edic. Escorial 1941.